

## *Emilio Lorenzo Criado, 1918-2002. En recuerdo de un viejo maestro*

Asunción Alba Pelayo  
UNED

«THOMAS MORE: “But, Richard, ... Why not be a teacher? You’d be a fine teacher. Perhaps a great one”.

RICHARD RICH: “And if I was who would know it?”

THOMAS MORE: “You, your pupils, your friends, God. Not a bad public that...”»

(ROBERT BOLT, *A Man for all Seasons*)

A petición de la Dra. Angela Downing, escribo estas líneas en memoria de nuestro común maestro, Emilio Lorenzo. Se me ha sugerido que diera una visión personal de lo que su obra supuso para tantos de nosotros, sus discípulos.

Ya la prensa nos ha recordado los méritos de los que había sido acreedor: obtuvo la cátedra de Lingüística Germánica e Inglesa y, posteriormente, la de Filología Moderna en la Universidad Complutense; impartió enseñanzas de español para extranjeros en la UIMP, donde alcanzó el cargo de vicerrector. En 1980 fue elegido miembro de la Real Academia Española, ocupando el sillón *h* en sustitución de Tomás Navarro Tomás. Desde 1950 fue miembro de la *Philological Society*. Entre otras distinciones mereció la Medalla Goethe de Plata, concedida por el *Goethe Institut*, y la Gran Cruz del Mérito de la República Federal de Alemania; *Chevalier des Palmes Académiques*, en el año 2000 recibió la Medalla de Oro de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Presidente honorario de la Asociación Española de Estudios Anglonorteamericanos, socio de honor de la Asociación Profesional de Traductores e Intérpretes, doctor *honoris causa* por las Universidades de Sevilla y Salamanca, por un misterio del destino, él, salmantino de nacimiento, no ha podido llegar a recibir el ya previsto homenaje de esta vieja universidad por tan sólo unos meses...

Entre sus obras más valoradas por la crítica figuran *El español de hoy, lengua en ebullición*, a la que dedicamos una amplia reseña en la revista *ES* de la Universidad de Valladolid en 1972, *El español y otras lenguas, Consideraciones de la lengua coloquial* y *El español en la encrucijada*.

Su discurso de ingreso en la Academia, *Utrum lingua an Loquentes (¿De quién es la culpa, de la lengua o de los hablantes?)*, fue contestado por quien había sido uno de sus maestros, Rafael Lapasa.

Mención aparte merecen las traducciones de Wartburg, *El cantar de los Nibelungos* o *Los viajes de Gulliver*, una de sus obras que él más estimaba y cuya esmerada elaboración le había llevado tanto tiempo. Todas ellas podrían encuadrarse en un título genérico, “el arte de traducir”, en contraposición a lo que desgraciadamente se hace a menudo, “el delito de traducir”, como ha demostrado en su agudo estudio nuestro compañero J. C. Santoyo.

Pero más importante que el que nos hablara de las mutaciones del germánico, de la trascendencia del *Great Vowel Shift* o nos introdujera en las variantes de la incipiente lengua inglesa en los condados de Wessex en la época del Rey Alfredo, fue que nos enseñó un estilo de vida, un rigor científico, un tomar en serio la tarea de ser docentes.

Supo crear una escuela en cuya cantera se formaron una gran mayoría de los filólogos en lengua inglesa que hay actualmente en el país. Su magisterio se centró no sólo en la Universidad Complutense o en la de la Magdalena, sino que seguía la trayectoria de sus discípulos a lo largo y ancho de la Península, encauzando la dirección de sus trabajos, sus tesis y líneas de investigación.

Generoso, atinado en sus consejos, exigente para lograr lo mejor de sus alumnos, no dudaba en corregir sus errores con la autoridad que imprime el saber y el recto obrar. Había algo de “paternidad” en su persona que hacía que se respetaran sus comentarios y críticas siempre noblemente expuestos. Como puso de manifiesto uno de sus hijos, tenía “la naturalidad de decir en cada momento lo que se debe decir: no lo que los demás esperan oír ni tampoco lo que temen que se les diga. Cumplía así con una estricta etiqueta que ya no cotiza en círculos donde se valora lo oscuro, lo retorcido o un pretendido ingenio...”

Conocía muy bien las virtudes y defectos de sus alumnos. Posiblemente el trato con tantas generaciones le había capacitado para intuirlos más allá de lo frecuente o normal. Y quienes le mirábamos con profundo respeto cuando por vez primera nos acercábamos a sus explicaciones, poco a poco descu-

bríamos esa faceta de inmensa bondad y delicadeza que yacía oculta en el fondo de su ser. La enfermedad, la implacable sordera, acentuada con el paso de los años, iba limando las asperezas de su carácter y acrecentando en él la serenidad, el sosiego, el reposo, la *sofrosine* de los clásicos y ese sentido del humor que siempre tuvo y que conservó hasta el final de sus días.

Don Emilio, con humildad y nostalgia, quiero expresarle en estas líneas la gratitud de tantos a los que formó, a los que ayudó y orientó, y a quienes sus palabras no cayeron en vano ni en la vereda del camino. Vd. nos enseñó la importancia de trabajar infatigablemente, de dedicarse a la profesión por entero, de estar enseñando siempre, porque aún su charla era como una lección continua, profesional y humana. También nos mostró cómo saber hacerle cara en la vida a la adversidad y al dolor y, sobre todo, a ser un profesional auténtico. Gracias por tantas enseñanzas. No las olvidaremos.

A pesar de sus muchos cometidos, jamás faltaba a las clases, que eran para él su primordial tarea como docente. Era respetado y aun temido sobre todo por esas generaciones que conocimos sus primeros años como fundador de la Sección de Filología Moderna en Madrid, un año después de que Antonio Tovar lo hiciera en la Universidad de Salamanca.

Sus lecciones eran densas de contenido, incluso —a veces— de costosa inteleción para el alumno por la cantidad de información que aportaban. Era un sabio que sabía poner enjundia y vivacidad en los artículos que enviaba a la prensa para hacer partícipe al gran público de sutiles matices lingüísticos. Su prosa estaba impregnada de gracejo y simpatía.

Creó la revista *Filología Moderna* en tiempos en los que los presupuestos universitarios eran escasos y los medios materiales no abundaban. Siempre estaba disponible en su Seminario y la puerta de su despacho no se cerraba para nadie.

Era veraz, sencillo. Tras su aparente dureza de carácter, latía en él una sensibilidad profunda, un acercamiento sincero al necesitado de su palabra, orientación, consejo.

Se entregaba a todos, pero sin hacer ostentación de su entrega, poniendo de manifiesto, sin ambages, lo que no le parecía bien del interlocutor. Era fiable. Su palabra, magisterio continuo; sus charlas, estimulantes. A su lado se aprendía siempre; no descendía a lo que el Profesor Higgins calificaría de “*small talk*.”

Llamaba la atención su inmensa curiosidad. Todos los temas le atraían: la naturaleza, la vida, el acontecer diario. Como ha dicho Juan Luis Cebrián, era el mejor y más atento lector de periódicos que él conocía, “un lector empedernido”.

Siempre manifestaba su juicio crítico ante cualquier fenómeno. Era exigente consigo mismo y con los demás. De vida austera, sin dobleces ni recámara, con una actitud recta en su proceder.

Amaba la vida. Su familia nos contaba que a don Emilio le gustaba levantarse para ver el amanecer y luego volvía a acostarse si era preciso. Esa curiosidad por todo y su vitalidad le permitieron dilatar su período de docencia cuanto pudo y aún más. Ya sordo, estuvo varios años impartiendo generosamente la enseñanza y sus clases de doctorado de las mañanas de los sábados eran un verdadero regalo para sus discípulos, cada vez más y más numerosos. Hablaba de Joyce y de su tema favorito, la invasión de los anglicismos en el castellano, campo en el que había sido pionero en nuestro país y cuya obra ha creado escuela.

Creía, como K. Nyrop y L. Guilbert, que el aspecto más directamente perceptible y menos discutible del cambio lingüístico es la creación de las nuevas relaciones léxicas entre significantes y significados en relación con las cosas, las creaciones y los pensamientos nuevos. En su aspecto referencial, el cambio lingüístico responde a la necesidad elemental del conocimiento que conjuga los ritmos de la evolución del mundo con la necesidad de la comunicación de toda experiencia nueva. La lengua no existiría si no pudiera satisfacer esta necesidad vital. Y aunque, como buen académico, arremetía duramente, no falto de razón e ironía, contra los múltiples excesos de este proceso al que está siendo sometido nuestra lengua, tenía la suficiente apertura para aceptar —como Unamuno— que los neologismos enriquecen el idioma y que hay que darles la bienvenida en los casos que proceda.

Los *Anglicismos Hispánicos* es un trabajo inmenso de recopilación abrumadora de datos recogidos a lo largo de varias décadas. Obra depurada de quien pertenecía a la Comisión de Gramática de la RAE y fruto de muchas horas de reflexión sobre las lenguas que tanto amaba: el español y el inglés.

Hemos perdido su presencia física como maestro, filólogo, como viejo amigo. Su memoria, empero, nos acompañará siempre. Cuando releamos sus trabajos, recrearemos su sonrisa escéptica y su gesto inconfundible. Seguiremos unidos en el pensamiento y en el sutil recuerdo, pues, como dice George Steiner, “... a diferencia de la hoja, del animal, sólo el hombre puede construir y analizar la gramática de la esperanza... Es imposible imaginar el ser —e imaginar es, de forma inmediata, un movimiento semántico— sin la apertura discursiva, sin la potencialidad de cuestionar incluso la muerte.”